

## SOBRE LA FILOSOFÍA POLÍTICA DE WINSTON CHURCHILL\*

**E**s para mí un gran placer referirme a uno de los conservadores liberales más importantes, si no el más importante, de todo el siglo XX. Y prometo que no intentaré disfrazar el conservadurismo liberal de Winston Churchill para hacerlo apto para el paladar de nuestros semicultos intelectuales de izquierdas.

De hecho, el tema de los intelectuales es un buen punto de partida para acercarse a la filosofía política de Churchill. Al alba del siglo XX, la mayoría de los intelectuales europeos no mostraban demasiado entusiasmo, para decirlo con suavidad, hacia la democracia occidental. En 1904, Winston Churchill cruzó el pasillo del Parlamento británico y abandonó los bancos conservadores para unirse a los de los liberales. Veinte años después, en 1924, hizo el camino de vuelta y se reincorporó a los Tories. Pero mientras que Churchill cruzaba aquel pasillo para cambiar de partido, en Europa, la mayoría de los intelectuales se dedicaban a atacar a la democracia parlamentaria y las institucio-

---

João Carlos Espada es Director del Instituto de Estudios Políticos de la Universidad Católica de Portugal. Editor de la revista trimestral *Nova Cidadania*. Presidente de la sección portuguesa de la International Churchill Society. Miembro del comité directivo del World Movement for Democracy y del comité ejecutivo de la Michael Oakeshott Association. Asesor político del Presidente de la República de Portugal, Prof. Aníbal Cavaco Silva.

\* Conferencia en el Campus FAES 2006.

nes del mercado. Durante ese periodo, las instituciones políticas europeas, con excepción de las británicas, quedaban destruidas por culpa de la guerra y de las ideologías revolucionarias.

Los intelectuales abrazaban con ardor las ideas revolucionarias, ya fueran de izquierdas o de derechas, ya fuera el comunismo o lo que se convertiría después en el nacional-socialismo. Los revolucionarios se presentaban como portavoces de un nuevo mundo. Había que dejar atrás la parálisis de la democracia parlamentaria y la mezquindad mercantilista del capitalismo. Inglaterra y Estados Unidos se habían convertido en símbolos del viejo mundo. Se decía que eran rehenes de la «conspiración judía» y de la «plutocracia financiera mundial». Se acusaba a Inglaterra y a Estados Unidos de resistirse al nuevo «Estado total» centralizado e innovador, una expresión que inventó Mussolini. Y mucha gente en Europa mostraba su inclinación por las nuevas tendencias: «Sí, el mundo está cambiando –decían– y nosotros debemos cambiar con el mundo».

Pero Winston Churchill permaneció inmune al lenguaje de la revolución y de la innovación. Se decía que era un conservador pasado de moda que no comprendía los nuevos tiempos. Pero Churchill comprendía a la perfección los nuevos tiempos. Y no le gustaba nada de lo que había comprendido.

Churchill era un admirador de la tradición liberal de su país y del Imperio británico. Había estudiado a Macaulay y había aprendido que la Gloriosa Revolución de 1688 –la última revolución que vivió Inglaterra– se hizo con poco convencimiento y con el propósito de impedir futuras revoluciones.

El lenguaje de la innovación apasionada tampoco le impresionaba. Había estudiado a Edmund Burke y sabía que el Parlamento inglés se había levantado contra el «despotismo de la innovación» promovido por reyes que aspiraban al poder absoluto. El sistema del Gobierno-Oposición basado en la existencia de partidos parlamentarios rivales había evolucionado para contrarrestar a un «gabinete de corte» que no tenía que rendir cuentas a los contribuyentes. «Estos gobiernos que no tienen que rendir cuentas –había dicho Edmund Burke– perseguían «planes de perfección» en una monarquía que había superado con creces la República de Platón». Churchill lo sabía muy bien y mostraba su escepticismo hacia aquellos innovadores planes de per-

fección. «Debemos tener cuidado con la innovación innecesaria, sobre todo la que se asienta en la lógica», dijo en un famoso discurso de 1942 en la Cámara de los Comunes, al contestar a una propuesta para cambiar el nombre del Ministerio de Defensa y de la Secretaría de Estado para la Guerra, basándose en que sus títulos carecían de lógica<sup>1</sup>.

Churchill también hacía gala de su indiferencia –para decirlo suavemente– hacia la retórica de la llamada «voluntad general», que utilizaban tanto la izquierda como la derecha revolucionaria. Sabía que la «voluntad general» siempre sería la voluntad de la mayoría transitoria –o lo que es peor, de una minoría activista– y que todas las voluntades deben estar limitadas por el equilibrio constitucional de poderes. En lo referente al interés público, por el que Churchill sentía el mayor de los respetos, el político inglés sabía que no podía ser definido por una manifestación de masas. El interés público debía surgir de un régimen mixto basado en la interacción de principios monárquicos, aristocráticos y democráticos.

Churchill conocía a la perfección todos estos fundamentos de la tradición política británica. Y por esa razón se dio cuenta inmediatamente de que la amenaza revolucionaria provenía tanto del bolchevismo como del nazismo. En unas cuantas líneas supo captar la esencia de ambos populismos revolucionarios. Por ejemplo, en el caso de Hitler, recordaba sus orígenes humildes y su fracaso para ingresar en la Academia de Bellas Artes de Viena, así como la vida miserable que llevó primero en Viena y luego en Munich, realizando trabajos esporádicos de pintor de brocha gorda o de peón. Debido a estas circunstancias, Churchill escribió: «Hitler alimentó un resentimiento escondido pero feroz contra un mundo que le condenaba al fracaso. Estas desgracias no lo llevaron a integrarse en las filas comunistas. Se sentía mucho más inclinado hacia un retorcido sentido de la lealtad racial y sentía una admiración ferviente y mística hacia Alemania y los alemanes (...). Solitario y encerrado en sí mismo –continúa diciendo Churchill– el pequeño soldado sopesó y analizó la posible causa de la catástrofe (la derrota alemana en la Primera Guerra Mundial) basándose en la mezquindad de sus experiencias personales (...). Su ra-

---

<sup>1</sup> Colin Coote y Denzil Batchelor (eds.) *Winston S. Churchill's Maxims and Reflections* (Nueva York: Barnes & Noble Books, 1992), p. 167.

bia patriótica, mezclada con la envidia que sentía hacia los ricos y hacia quienes habían logrado el éxito, dio lugar a un odio que lo dominaba todo»<sup>2</sup>.

Es importante recordar estas páginas del libro de Churchill sobre la Segunda Guerra Mundial –del que se podría citar mucho más– ya que durante décadas, la propaganda comunista e izquierdista ha intentado identificar a Hitler con el capitalismo. Pero Churchill nunca cometió un error tan tremendo. Por supuesto, era un defensor del capitalismo –tal y como recordaré más adelante– y sabía muy bien que el nazismo y el comunismo querían destruir la economía de mercado. Querían sustituir los mecanismos del mercado y de la propiedad privada por una economía centralizada y militarizada.

Sin embargo, para lograr este objetivo, la envidia y el resentimiento no eran suficientes, aunque, sin lugar a dudas, eran ingredientes indispensables. También era necesario contar con una filosofía que pudiera destruir todos los escrúpulos morales, todas las leyes de conducta imparciales, esas leyes que ponen límites a la voluntad y al poder de un individuo sobre los demás. La filosofía de Nietzsche ya contenía este mensaje para Alemania. «Donde hay vida hay voluntad de poder», dijo el gran filósofo de la desesperación y la sospecha, adorado –curiosamente– por la izquierda hoy en día.

Winston Churchill comprendió inmediatamente la apropiación de la desesperación de Nietzsche por parte de la vulgata nazi. Y escribió lo siguiente:

«La tesis principal de *Mein Kampf* era muy sencilla. El hombre es un animal luchador; por lo tanto la nación, al ser una comunidad de luchadores, es una unidad de lucha. Cualquier organismo vivo que abandona la lucha por la existencia está condenado a la extinción. Un país o una raza que deja de luchar también está condenada. De ahí la necesidad de desembarazarse de contaminaciones extranjeras. La raza judía, debido a su universalidad, es por necesidad pacifista e internacionalista. El pacifismo es el mayor de los pecados mortales, ya que significa la rendición de la raza en su lucha por la existencia. El primer deber de cualquier país es por lo tanto nacionalizar a las masas. El fin último de la educación es

---

<sup>2</sup> Winston Churchill, *The Second World War*, (Londres: Penguin Books, 1989), p. 24.

crear un alemán que pueda convertirse, con un mínimo de entrenamiento, en soldado»<sup>3</sup>.

Ya he hablado bastante de las opiniones de Churchill sobre el nazismo. Analicemos ahora la denominada «cuestión social», el problema que dominó la propaganda nazi y comunista en su lucha contra las democracias occidentales. De entrada, deberíamos recordar que Churchill mostraba una gran sensibilidad hacia las condiciones sociales de los pobres y que su preocupación por los problemas sociales iba de la mano de su defensa de la economía de mercado. Según su biógrafo oficial, Sir Martin Gilbert, es posible que la preocupación de Churchill por la problemática social surgiera en una cena en el club Athenaeum, en el año 1901, con el estadista liberal John Morley, cuando éste le dio un ejemplar de un libro reciente escrito por Seebohm Rowntree sobre las condiciones de vida en York. Doce días después Churchill escribió estas palabras a un colega parlamentario del Partido Conservador:

«He estado leyendo un libro escrito por el Sr. Rowntree llamado *Poverty*, que me ha impresionado sobremanera y cuya lectura le recomiendo. Resulta evidente que según las cifras a las que hace referencia, el peón americano es un animal más fuerte, más grande, más sano, mejor alimentado y por lo tanto más eficiente que una parte considerable de nuestra población. Es éste un hecho que nuestros desenfrenados imperialistas, dedicados únicamente a acumular armamento, impuestos y territorios, no deberían perder de vista. Por mi parte, no veo nada de glorioso en un Imperio que puede dominar los mares pero que es incapaz de limpiar sus propias alcantarillas»<sup>4</sup>.

Las cuestiones de la reforma social y del libre comercio –a las que se oponían los Tories– llevarían a Churchill a abandonar el Partido Conservador y a unirse al Liberal en 1904. Los años siguientes, como miembro de varios gobiernos liberales, Churchill defendió varias reformas sociales de envergadura que llamaron la atención de los líderes de los socialistas fabianos, los famosos Sydney y Beatrice Webb.

<sup>3</sup> Winston Churchill, op. cit. p. 26.

<sup>4</sup> Martin Gilbert, *Churchill's Political Philosophy* (Londres: The British Academy/Oxford University Press, 1981), p. 27.

«Lo más importante que ha ocurrido en los dos últimos años», escribió Beatrice Webb en su diario en 1910, «es que Lloyd George y Winston Churchill se han convertido en el centro de atención, no sólo entre sus propios colegas, sino también entre las filas del Partido Laborista. Ahora son los políticos más avanzados». Además, temía que algunos de los jóvenes socialistas fabianos pudieran «apuntarse a las tesis de esos dos líderes radicales»<sup>5</sup>.

Lo que Beatrice Webb no comprendió en aquel momento es que Churchill no tenía nada en común con el socialismo como ideología del igualitarismo y del control del Estado. Para Churchill, se debía garantizar un nivel mínimo de vida, pero eso no quería decir que defendiese el igualitarismo. En un discurso pronunciado en Glasgow, en el otoño de 1906, Churchill explicaba:

«No quiero debilitar la fuerza de la competencia, pero podemos hacer mucho para mitigar las consecuencias del fracaso. Queremos trazar una línea por debajo de la cual no debemos permitir que la gente viva o trabaje, pero por encima de la cual podrá competir con toda la fuerza de su hombría. No queremos echar abajo la estructura de la ciencia y de la civilización, sino construir una red que salve del abismo»<sup>6</sup>.

A esta red sobre el abismo, Churchill la llamó «The Minimum Standard» (el «nivel mínimo»). Incluía «niveles mínimos de vida y de salarios, de seguridad contra las penalidades causadas por los accidentes, las enfermedades o la debilidad de carácter, y según los cuales la competencia se producirá hacia arriba pero no hacia abajo»<sup>7</sup>. Sería una red de seguridad puesta en marcha por el Estado «por debajo de ese nivel, pero no en sustitución del inmenso e inconexo tejido de seguros y salvaguardas que se ha desarrollado por sí mismo en Inglaterra»<sup>8</sup>. Sin embargo, este sistema no debería animar a nadie a no trabajar con todas sus fuerzas, ya que tal y como dijo Churchill:

<sup>5</sup> A. L. Rowse, *The Later Churchills* (Harmondsworth: Penguin Books, 1971), p. 393 (se hace hincapié en el original).

<sup>6</sup> Discurso del 11 de octubre 1906, reeditado en Winston S. Churchill, *Liberalism and the Social Problem* (Londres, 1909) citado en Martin Gilbert, op. cit., p. 43.

<sup>7</sup> Carta del 4 de enero de 1908, a Arthur Wilson Fox, *Churchill*, documento volumen 2, p. 759, citado en Martin Gilbert, op. cit., p. 44.

<sup>8</sup> *The Nation*, 7 de marzo 1908, citado en Martin Gilbert, op. cit., p. 44.

«Nadie debería sentir pena por el que trabaja duro, porque la naturaleza ha buscado una forma especial de premiar al hombre que trabaja duro. Le otorga un goce adicional que le permite extraer en un breve espacio de tiempo, y de placeres sencillos, una satisfacción que el ocioso social busca en vano las 24 horas del día»<sup>9</sup>.

La idea del estándar mínimo se diferenciaba mucho del socialismo y del comunismo, a los que Churchill siempre se opuso con rotundidad. En enero de 1920, Churchill dio su opinión sobre la tiranía bolchevique:

«Creemos en el gobierno parlamentario ejercido de acuerdo con la voluntad de la mayoría de los electores, determinada libremente y constitucionalmente. Ellos buscan derrocar al Parlamento mediante la acción directa u otros métodos violentos... y después gobernar a las masas de la nación siguiendo sus teorías, que nunca se han aplicado con éxito, y a través de sus propios comités políticos».

«Su objetivo es destruir el capital. El nuestro, controlar los monopolios. Ellos quieren erradicar la idea de la propiedad individual. Nosotros queremos poner en marcha la enorme capacidad del esfuerzo humano para aumentar el volumen de la producción en todos los campos y que millones de hogares individuales puedan compartir de forma mucho más extensa y equitativa los frutos de ese afán. Abogamos por la libertad de pensamiento y de religión. Ellos quieren exterminar cualquier tipo de creencia religiosa que haya aportado consuelo e inspiración al alma humana...»<sup>10</sup>.

Churchill comprendió desde el principio que el fin del bolchevismo (como siempre lo llamaba) era la revolución mundial, y manifestó su opinión con absoluta claridad: «La revolución mundial como objetivo bolchevique puede llevarse a cabo en tiempos de paz o de guerra. De hecho, la paz bolchevique es tan sólo otra forma de guerra. Si por el momento no pueden aplastar al mundo con ejércitos, lo pueden minar mediante la propaganda»<sup>11</sup>. Esta opinión llevó a Churchill a

<sup>9</sup> Casa de los Comunes, 6 de julio 1908, citado en Martin Gilbert, op. cit., pp. 45-6.

<sup>10</sup> Discurso en Sunderland del 1 de enero 1920, citado en Martin Gilbert, op. cit., pp. 76-7.

<sup>11</sup> *Evening News*, 28 de julio 1920, citado en Martin Gilbert, op.cit., pp. 77-8.

oponerse cada vez más al ascenso del Partido Laborista en Gran Bretaña, no sólo por sus propuestas socialistas, sino también porque el laborismo se alineaba cada vez más con la Unión Soviética. «Un gobierno laborista», escribió en una carta a *The Times* en enero de 1924, arrojaría «una oscura sombra de infortunio sobre todos los campos de la vida nacional»<sup>12</sup>. Tres años después, cuando el Partido Liberal se unió a los laboristas para derrotar a los conservadores y hacer del líder laborista Ramsay MacDonald el nuevo primer ministro, Churchill se reincorporó a los Tories. Declaró entonces que sólo el Partido Conservador podía ofrecer una base suficientemente fuerte para «derrotar con éxito al socialismo»<sup>13</sup>.

Doce años después, en 1936, Churchill volvería a declarar su feroz oposición tanto al comunismo como al nacional-socialismo al decir que «entre las doctrinas del camarada Trotsky y las del Dr. Goebbels debería haber espacio para que ustedes y yo, y unos cuantos más, pudiéramos desarrollar nuestras propias opiniones».

Lo que llevó a Churchill a oponerse al comunismo y al nazismo no fue en un primer momento una cuestión de doctrina ideológica. No diseñó una doctrina opuesta y sistemática contra el comunismo y el nazismo. Lo que impresionó a Churchill fue precisamente la ambición, tanto del comunismo como del nazismo, de reorganizar la vida social desde arriba, imponiendo a los estilos de vida existentes un plan racional basado en una ideología con ambiciones de totalidad. En Hitler –antiguo cabo del ejército–, en el ex comunista Mussolini, y en los ideólogos comunistas Lenin y Stalin, Churchill vio el grosero fanatismo de aquellos que aspiraban a derribar todas las barreras para ejercer sin trabas su voluntad: las barreras del gobierno constitucional, de la religión judeo-cristiana, de la caballeridad, de las libertades políticas, civiles y económicas, de la propiedad privada, de la familia y de otras instituciones civiles descentralizadas. En un mensaje dirigido al pueblo italiano en 1944, Churchill expuso siete «tests prácticos y bastante sencillos» que permitirían reconocer la libertad en el mundo moderno. Todavía pueden aplicarse hoy en día:

<sup>12</sup> Martin Gilbert, *Churchill: A Life* (Londres: Heinemann, 1991), p. 460.

<sup>13</sup> Martin Gilbert, op. cit., p. 462.

«¿Hay libertad de expresión para criticar y oponerse al Gobierno que esté en el poder en ese momento?»

«¿Tiene el pueblo derecho a expulsar a un gobierno con el que no está de acuerdo, y cuenta con mecanismos constitucionales que le permitan ejercer su voluntad?»

«¿Hay tribunales de justicia libres de la violencia del Ejecutivo, de amenazas de violencia por parte de la muchedumbre, y libres también de cualquier dependencia de los partidos políticos?»

«¿Administrarán estos tribunales la justicia haciendo uso de leyes transparentes y sólidas que el hombre asocia de forma natural con los principios de la decencia y de la justicia?»

«¿Habrá juego limpio para los pobres y para los ricos, para las personas privadas como para los funcionarios del Gobierno?»

«¿Se mantendrá, se hará valer y se exaltará el derecho del individuo, supeditado a sus obligaciones para con el Estado?»

«¿Está el campesino o el trabajador que se gana la vida con su labor de todos los días, sustentando también a su familia, libre del miedo a que una macabra organización política controlada por un partido único, como la Gestapo, creada por partidos fascistas y nazis, llame a su puerta y le condene a la esclavitud o a los malos tratos sin un juicio justo y público?»<sup>14</sup>.

Esta extensa cita demuestra que para Churchill, así como para la centenaria tradición inglesa de libertad dentro del imperio de la ley, la cuestión crucial era que el poder político no debe prevalecer sobre los estilos de vida espontáneos y reales de la gente. Estos estilos de vida se materializan en hogares con gente real, personas que los han heredado de sus antepasados y que los pasarán a sus descendientes. En ese diálogo espontáneo entre generaciones, se irán adoptando estilos de vida que a su vez se irán adaptando a las circunstancias. Pero bajo ningún concepto pueden ser rediseñados por la voluntad arbitraria de un poder único. La gente, en tanto que individuos o personas, estaba ahí en primer lugar, antes de los gobiernos, y el objetivo de estos últimos es proteger la vida, la libertad y la propiedad de los primeros.

En este sentido, Winston Churchill era intérprete y heredero de lo que el historiador A. L. Rowse denominó «el espíritu inglés». La ca-

<sup>14</sup> Citado en Martin Gilbert, op. cit., p. 111.

racterística más significativa de este espíritu es la ausencia de «angst» (angustia) o «ennui» (aburrimiento). Tal y como han dicho Bagehot y Oakeshott, es una capacidad para disfrutar, un sentimiento íntimo de felicidad, de celebración de la vida y del privilegio de poder disfrutar de un estilo de vida que es propio, que resulta familiar y que nadie ha impuesto desde fuera. Es una capacidad de mostrarse escéptico hacia las aventuras políticas, las tendencias intelectuales y hacia cualquier especialista que afirma saber cómo organizar mejor nuestra educación, nuestra cultura y nuestra vida espiritual. Me parece que esto queda muy claro en otro famoso discurso de Winston Churchill, cuando habló en París en septiembre de 1936:

«¿Cómo podríamos soportar, después de haber sido amamantados en un ambiente libre, que nos amordazaran, que hubiera espías, escuchas y delatores por todos los rincones, que hasta nuestras conversaciones privadas fueran captadas y utilizadas contra nosotros por la policía secreta y por todos sus agentes y criaturas, que nos arrestaran y nos encerrarán sin juicio, o que nos juzgaran tribunales políticos o partidistas por delitos desconocidos hasta ahora para el derecho civil?»

«¿Cómo podríamos soportar que nos trataran como escolares, cuando somos hombres adultos, que nos hicieran desfilar por decenas de miles, marchando y aclamando este eslogan o aquél, que filósofos, profesores y escritores fueran intimidados y obligados a trabajar hasta la muerte en campos de concentración, que nos obligaran en todo momento a ocultar el normal funcionamiento natural del intelecto humano y los latidos del corazón humano? Para no someternos a semejantes opresiones, seremos capaces de cualquier cosa»<sup>15</sup>.

---

<sup>15</sup> Discurso del 24 de septiembre 1936, citado en Martin Gilbert, op. cit., pp. 97-8.